

LA ECONOMÍA DEL CUIDADO: PLANTEAMIENTO ACTUAL Y DESAFÍOS PENDIENTES

Cristina Carrasco¹

Universidad de Barcelona

Este escrito corresponde a dos conferencias. Una realizada en “La casa encendida” de Madrid dentro del ciclo “Los retos del siglo XXI: otro mundo es necesario” en junio de 2010 y la segunda realizada en el curso “Lecturas y salidas alternativas a la crisis” en el marco de los Cursos de Verano de la Fundación General de la Universidad Complutense, El Escorial, julio 2010. Está dividido en dos partes. En la primera se presenta una propuesta realizada desde la economía feminista que visibiliza y reconoce el trabajo de cuidados y, en la segunda, se esbozan unos primeros intentos de analizar la posibilidad de integrar el trabajo doméstico y de cuidados en los modelos o procesos económicos, desvelando los problemas que ello implicaría.

MÁS ALLÁ DE LA ECONOMÍA DE MERCADO

DEL TRABAJO AL EMPLEO: LOS CIRCUITOS DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

Si se pregunta a diversas personas, cuya profesión no sea la economía, por la definición del concepto de trabajo, lo más probable es que las respuestas no sean fáciles e inmediatas y, además, se obtenga una variada gama de posibilidades que abarquen aspectos tales como actividad, tiempo, energía, cansancio, dinero, necesidades, reproducción, subsistencia, etc. Pero, si el mismo ejercicio se realiza con estudiantes de economía que lleven cursada la mitad de la carrera, entonces lo más probable es que, sin lugar a muchas dudas, la respuesta sea rápida y precisa: trabajo es toda actividad que se intercambia por dinero. Esta posibilidad de respuestas distintas nos lleva a una primera reflexión. Si el trabajo es la actividad básica de mujeres y hombres, que se ha tenido que realizar desde nuestros orígenes históricos para poder subsistir, que es parte de la vida misma de todas las personas, ¿cómo es posible que para la mayoría de las personas su definición presente tantas ambigüedades y, en cambio, para los estudiantes

¹ cristinacarrasco@ub.edu

de economía el concepto sea tan claro? ¿Qué ha sucedido para que una idea tan compleja haya devenido en la economía en una definición tan precisa como estrecha?²

Una breve mirada a la historia del pensamiento económico permite apreciar que esta identificación entre actividad laboral remunerada y trabajo no es algo “obvio” o “natural”, sino el resultado de un complejo proceso histórico de reconceptualización, que guarda relación con la división sexual del trabajo y con el modo en que, desde la economía teórica, se ha ido definiendo el concepto.

La publicación en 1776 de la obra de Adam Smith, *La Riqueza de las Naciones*, simboliza el nacimiento de la disciplina económica y, en particular, el inicio del pensamiento clásico. Para esta escuela, la economía política es la ciencia que estudia las leyes que rigen la producción, la distribución, la circulación y el consumo de los bienes materiales destinados a satisfacer las necesidades humanas. Aunque en la definición no se establece explícitamente a qué tipo de producción y distribución se está haciendo referencia, para los pensadores clásicos no había duda de que el estudio se centraba en la producción y distribución mercantil. De hecho, no es casualidad que este pensamiento se desarrolle durante los siglos XVIII y XIX, ya que el interés está en el estudio del emergente sistema capitalista. A este respecto conviene recordar las palabras de Marx señalando una cierta empatía de los pensadores clásicos con el sistema económico naciente.

La teoría del valor trabajo iniciada por Adam Smith –y continuada posteriormente por David Ricardo y Carlos Marx- establece que el trabajo (industrial) es la fuente del valor y de la riqueza, lo cual dotará al concepto de una gran centralidad. Y, puesto que el valor de los objetos está relacionado con la cantidad de trabajo incorporada en ellos, se abre la posibilidad de analizar el valor y, en consecuencia, los precios, a través de una magnitud mensurable: la cantidad de trabajo. Esta forma de medir el trabajo, en tiempo-reloj, representa un nivel de abstracción relevante donde los aspectos cuantitativos predominan sobre el contenido de la actividad³. Como resultado, desde la industrialización, el término trabajo quedará cautivo para designar el trabajo de mercado y todos los trabajos que caigan fuera de la órbita mercantil quedarán excluidos de la definición (Picchio 1996, Mayordomo 2004).

Es curioso que los economistas clásicos –particularmente, los señalados-, que pensaban y teorizaban en términos de reproducción, analizando las condiciones necesarias para la repetición de los procesos productivos, no tuviesen en cuenta en sus esquemas analíticos los trabajos necesarios para la reproducción de la fuerza de trabajo, fundamentalmente el trabajo doméstico y de cuidados que tiene lugar en el ámbito del

² Boulding (1973) plantea que no hay que preocuparse por intentar definiciones demasiado exactas, ya que suelen limitar excesivamente el contenido. Como ejemplo, utiliza la idea de arco iris: se puede trabajar con la idea de arco iris aunque uno no sepa donde termina el amarillo y donde empieza el verde.

³ De esta manera, se establecerá una medición del tiempo de trabajo en tiempo-reloj, que resultará muy poco apropiada para “medir” otro tipo de trabajos, como se verá más adelante.

hogar. La producción de mercancías no se produce sólo por medio de mercancías, como señalaba el conocido libro de Piero Sraffa (1960), sino que también participa el trabajo de los y las trabajadores/as, que a su vez se reproducen a través de un sistema complejo donde interviene de forma central el trabajo de cuidados realizado desde los hogares.

Ahora bien, a pesar de esta limitación en los planteamientos clásicos, presentan, sin embargo, una ventaja respecto a la posterior economía neoclásica. De alguna manera, reconocen la contribución del trabajo doméstico y de cuidados al proceso de reproducción social. El doble carácter con que Smith definió el salario –como coste de reproducción familiar y como coste de producción– sitúa en el centro del análisis la conexión entre ambas esferas, haciendo emerger el antagonismo entre salarios y beneficios pero, a su vez, otorgando relevancia –aunque no categoría económica– a los trabajos de cuidados realizados por las mujeres en los hogares necesarios para la reproducción de la clase obrera (Picchio 1992, Mayordomo 2004).

La escuela marginalista –posteriormente neoclásica– surgida a finales del siglo XIX invertirá el orden de prioridades del enfoque clásico, situando como centro de estudio el funcionamiento del sistema de mercado y su papel para asignar los recursos “escasos”. Su análisis se aleja de la producción para dirigirse al estudio del comportamiento de los agentes económicos –consumidores y productores. Éstos realizan elecciones racionales persiguiendo su propio interés basándose en un conjunto de gustos y preferencias predeterminadas, ajenas al ámbito económico. Es decir, se reemplazan las ideas basadas en las necesidades de subsistencia, las condiciones de reproducción, los costes de la fuerza de trabajo y la doctrina del fondo de salarios, por la teoría de la utilidad y la productividad marginal (Picchio 1992).

A nuestro objeto, este cambio de enfoque económico será determinante. El desplazamiento del objeto de estudio desde la producción al mercado, tendrá dos consecuencias que marcarán definitivamente las fronteras de la economía: por una parte, se acabará de legitimar la separación de espacios entre lo público económico (mercado) y lo privado no económico; y, por otra, el trabajo familiar doméstico, al no ser objeto de intercambio mercantil, será definitivamente marginado e invisibilizado. El trabajo pasará a ser sencillamente un “factor de producción”, el recurso humano que interviene en la producción de mercado.

De esta manera, la conceptualización del término “trabajo” que hoy conocemos se va construyendo desde los inicios de la industrialización, estableciéndose definitivamente una identificación de trabajo con empleo, quedando excluidas de la definición las actividades que no tienen lugar en el mercado.

Utilizar un término para designar una actividad asociada a lo masculino pero con pretensiones de universalidad no es ajeno al patriarcado. Es la creación del simbólico a través del lenguaje. Lo masculino tiende a categorizarse como universal, con lo cual se invisibiliza al resto de la sociedad, básicamente a las mujeres. Por ejemplo, cuando se habló de sociedades de pleno empleo, se trataba de un empleo masculino; o cuando se habló de sufragio universal, se refería en los inicios al voto masculino. De la misma

manera, designar por trabajo a la actividad desarrollada en el mercado y conceptualizar como no-trabajo a aquella realizada en los hogares, ha contribuido a consolidar una valoración distinta tanto para la actividad, como para las personas que la realizan.

En definitiva, la economía, al preocuparse sólo del mercado y relegar al limbo de lo invisible el trabajo doméstico y de cuidados, está eludiendo toda responsabilidad sobre las condiciones de vida de la población, que continúa siendo una cuestión embarazosa para la teoría económica. De esta manera, se restringen las perspectivas analíticas y políticas y se reducen las condiciones materiales, relacionales y culturales de la vida a la relación del trabajo asalariado. "Así, se condenan a un estrabismo productivista que, por un lado, es incapaz de ver aperturas y puntos de resistencia y que, por el otro, esconde vulnerabilidades profundas del sistema económico que se juegan en el terreno de vivir, como proceso cotidiano de reproducción de cuerpos, identidades y relaciones. ... Al final, pues, se acaba por aceptar como única perspectiva de referencia la de los perceptores de los beneficios, que de forma coherente respecto a su punto de vista, consideran las condiciones de vida de los trabajadores y de sus familias como un coste o un lujo improductivo o, en cualquier caso, como una reducción de la tasa de ganancia" (Picchio 2009: 28-29).

El objetivo de la economía feminista es precisamente elaborar una nueva visión del mundo social y económico que integre todos los trabajos necesarios para la subsistencia, el bienestar y la reproducción social y tenga como principal objetivo las condiciones de vida de las personas⁴.

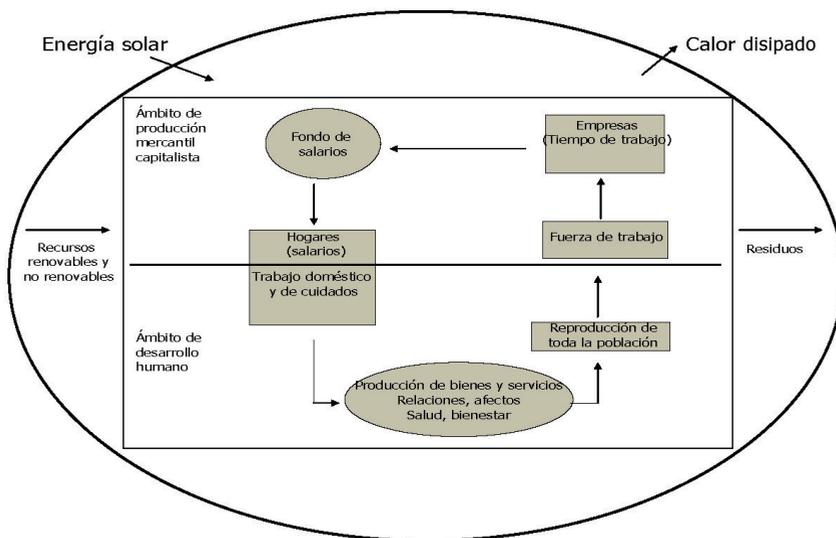
UNA PROPUESTA DESDE LA ECONOMÍA FEMINISTA

Lo que actualmente ha venido a denominarse economía feminista tiene una larga historia que se desarrolla casi en paralelo al pensamiento económico. Aunque, es a partir de los años setenta que se inicia con fuerza tanto la crítica metodológica y epistemológica a las tradiciones existentes, como una importante elaboración teórica propia y un cuerpo de análisis empírico alrededor del trabajo de las mujeres. Lo que aquí se presenta es el enfoque que se ha desarrollado desde esta nueva mirada que extiende los límites de la economía más allá del mercado⁵.

⁴ Lo que se denomina economía feminista no responde a un cuerpo teórico monolítico, más bien integra distintos enfoques y distintos niveles de ruptura con los paradigmas establecidos, consecuencia lógica de un proceso de construcción y reconstrucción conceptual, de creación y recreación de pensamiento, que suele estar plagado de dudas, pruebas y experimentaciones que van dando forma y contenido a nuevas perspectivas teóricas y aplicadas.

⁵ En Carrasco 2006b se realiza un breve recorrido por lo que ha venido a denominarse "economía feminista".

Gráfico 1: El circuito del trabajo



Fuente: Elaboración propia a partir de Picchio 2001

La perspectiva de la economía feminista sobre el circuito del trabajo y la producción puede representarse de forma simplificada en el diagrama 1⁶. La línea gruesa horizontal separa los espacios de producción mercantil capitalista y de desarrollo humano, aunque una división rígida de estos espacios no es realista. Por una parte, los distintos trabajos –trabajos desarrollados bajo distintas relaciones sociales– están íntimamente relacionados siendo dependientes uno de otro; es decir, existe una relación dinámica entre el procesos de producción y reproducción de mercancías y el proceso de reproducción de la población y, en particular, de la fuerza de trabajo⁷. Y, por otra, la frontera entre ambos espacios es porosa y cambiante, dependiendo del desarrollo tecnológico y de los niveles de renta. De hecho, hay determinadas producciones de bienes que según la situación sociohistórica de la sociedad –o del hogar– han pasado de un ámbito a otro. De aquí la paradoja de Pigou en relación al plato de comida preparado por un ama de casa o un cocinero en un restaurante⁸. Ejemplo, al cual se puede agregar

⁶ El diagrama está basado en Picchio 2001.

⁷ Además del trabajo mercantil y del trabajo doméstico y de cuidados, existen en nuestras sociedades otros tipos de trabajo, siendo seguramente, el más relevante, el trabajo voluntario o de participación ciudadana. Sin embargo, por razones de simplicidad, espacio y prioridades, aquí no se consideran en el análisis.

⁸ Pigou (1920) se plantea que es una paradoja que un plato de comida preparado por un cocinero en un restaurante se considere parte de la renta nacional, y, en cambio, si el mismo plato de comida lo prepara un ama de casa para consumo de la familia, no se contabiliza en la renta nacional. Pigou “resuelve” la paradoja utilizando una definición de renta nacional que sólo incluya los bienes y servicios que se intercambien por dinero.

que el mismo plato de comida también podría haber sido preparado por personas no remuneradas de una ONG y destinado a actividades colectivas. Además, hay que añadir que, determinadas situaciones, por ejemplo, de crisis, pueden hacer que parte de la población sustituya bienes de mercado por bienes producidos en los hogares, como por ejemplo, comer fuera de casa. Y, por último, hay que considerar los niveles de industrialización y de riqueza de los distintos países. En países más pobres, se suelen presentar situaciones donde la línea divisoria entre los trabajos es aun menos nítida. Por ejemplo, muchas mujeres que trabajan como vendedoras ambulantes, desarrollan la actividad mientras simultáneamente cuidan de sus criaturas⁹.

La parte superior del diagrama representa el circuito simple del trabajo tal como tradicionalmente lo ha entendido la economía. Las empresas requieren de fuerza de trabajo para producir, a la cual remuneran con un salario por su trabajo; con dichos salarios se reproduce la fuerza de trabajo en los hogares, de tal manera que puede volver a comenzar el proceso de producción¹⁰.

Las limitaciones de un esquema de este tipo son manifiestas. Entre otras razones, porque es imposible que los hogares se reproduzcan solo con el salario, al menos en las sociedades actuales. Por tanto, ampliamos el circuito. Se observa entonces que los salarios que reciben los hogares se combinan con trabajo doméstico y de cuidados para producir los bienes y servicios necesarios para la subsistencia y bienestar de los miembros del hogar. Aunque, los hogares pueden utilizar, además de salarios y trabajo doméstico y de cuidados, aportaciones del sector público en términos de servicios o transferencias; es desde los propios hogares desde donde se gestiona y organiza todo el mantenimiento y cuidado de las personas. Los bienes y servicios producidos desde el ámbito doméstico, por una parte, incrementan la renta nacional, cuestión que la economía nunca ha considerado en el Producto Interior Bruto. Pero, por otra, proporcionan aspectos emocionales, de socialización, de cuidado en la salud, en la vejez, etc. muchos de ellos imposibles de ser adquiridos en el mercado. Lo cual implica no sólo la subsistencia biológica, sino el bienestar, la calidad de vida, los afectos, las relaciones, etc., todo aquello que hace que seamos personas sociables. Desde la economía feminista cada vez más se ha ido destacando la importancia de la llamada economía del cuidado, como un aspecto fundamental y necesario para el mantenimiento de la vida humana¹¹. A pesar, por tanto, de que el sistema en términos monetarios-económicos no podría subsistir con sólo el trabajo mercantil, es mucho más importante este otro aspecto del trabajo familiar doméstico, aquel que prácticamente lo define, aquel que determina su objetivo básico: el ser responsable del cuidado de la vida humana.

Toda esta "producción" -que se representa en la parte inferior del diagrama- reproduce a toda la población. Para la producción capitalista sólo es necesaria la

⁹ Esta situación fue sugerida por Amaia Pérez Orozco.

¹⁰ Este tipo de circuitos en la economía neoclásica se suelen presentar como situaciones de equilibrio, aparentemente, armónico.

¹¹ La bibliografía al respecto es muy amplia, como referentes importantes se pueden citar (Folbre 1995, Himmelweit, 1995, 2002; Picchio 2001, 2009; Amoroso et al. 2003; Pérez Orozco 2006, 2007).

reproducción de la fuerza de trabajo, diaria y generacional, pero la población no sólo se compone de fuerza de trabajo real o potencial, sino también de personas mayores, personas enfermas o con alguna minusvalía o personas que sólo realizan trabajos no remunerados, toda la cual es necesario cuidar y mantener. Finalmente, parte de esta población participará en el trabajo de mercado como fuerza de trabajo. Ahora bien, visto de esta manera, los hogares continúan siendo una "caja negra" en relación a las personas que los constituyen. Sin embargo, como se verá más adelante, no todas las personas participan de la misma manera en los distintos tipos de trabajos.

Aunque no es objeto de este artículo, es importante señalar que estos distintos trabajos y producciones no son una economía cerrada, sino que tienen lugar en un medio natural que, además de proporcionar una serie de servicios directos, ofrece y suministra recursos y recibe residuos resultantes de toda la actividad humana¹².

Así pues, a diferencia de los modelos habituales (con sesgo androcéntrico) donde sólo se considera el trabajo que se realiza en el lado visible de la economía -el mercantil- y se oculta toda la contribución de la economía del cuidado no mercantil (invisible), estos nuevos enfoques ofrecen una visión más realista de la sociedad, permitiendo el análisis de las interrelaciones entre los distintos sectores -monetarios y no monetarios- de la economía.

Ahora bien, el diagrama no representa una situación de "equilibrio armónico" como muchos de los modelos de la economía oficial, sino que está plagado de tensiones. Las más relevantes para el tema que nos ocupa son aquellas que están en la base de un sistema de capitalismo patriarcal. Por una parte, la tensión entre salarios y beneficio que tiene lugar en la producción mercantil y que ha sido definida tradicionalmente como la contradicción básica del sistema económico, desde donde se determina una primera distribución de la renta. Pero también existe otra tensión que normalmente no ha sido considerada. El sistema patriarcal otorga posiciones de poder al sector masculino de la población que, en relación al trabajo, se refleja en una división por sexo de los trabajos. Posiblemente las claves están en la primera asignación de los espacios y los trabajos por sexo, las mujeres en casa y los hombres en el mundo público. Pero, no se detienen ahí, sino que inundan los distintos espacios y los distintos trabajos en toda la sociedad: trabajos diferenciados por sexo en el mercado laboral, segregaciones verticales y horizontales, desigualdades salariales, etc., incluso las actividades realizadas en los hogares están separadas por sexo: ellos asumen proporcionalmente más las reparaciones del hogar y el cuidado de animales y ellas, todo lo que ha sido tradicionalmente denominado como trabajo doméstico, lavar, planchar, cocinar, cuidar a niños/as y personas mayores, etc.¹³ Estas tensiones -aunque por razones expositivas

¹² No es este el lugar para desarrollar la perspectiva de la economía ecológica, aunque se ha querido establecer un marco global que permita vislumbrar las posibles interconexiones entre estos nuevos enfoques económicos. En Bosch et al. 2005 se pretende iniciar un diálogo entre la economía feminista y la economía ecológica y se plantean algunos primeros puntos de encuentro entre ambas perspectivas.

¹³ Información de la Encuestas de Empleo del Tiempo 2002/2003 y 2009/2010, Instituto Nacional de Estadísticas.

aquí se hayan comentado de forma separada- de hecho, se entrelazan, constituyendo la tensión social fundamental: la lógica del capital, por una parte, y la lógica de la vida, por otra; el objetivo del beneficio y el objetivo del cuidado y el bienestar humano¹⁴.

Las condiciones de vida de la población no dependen sólo del salario, éste representa una parte significativa en las sociedades que vivimos, ya que tener ingresos monetarios es absolutamente imprescindible; pero las posibilidades de vivir una vida en condiciones adecuadas dependen también de las posibles aportaciones del sector público y del trabajo no asalariado realizado desde los hogares. Las condiciones en que se realiza la actividad laboral en el mercado son importantes para la calidad de vida de los y las trabajadores/as, pero también son importantes las condiciones en que se desarrolla la vida cotidiana más allá del empleo, lo que incluye la organización de los tiempos, horarios, espacios y la carga total de trabajo doméstico y de cuidados para la o las personas que lo realizan.

En definitiva, integrar en el análisis económico toda la actividad desarrollada desde los hogares, no significa agregar a las mujeres al modelo vigente; representa algo mucho más profundo, una ruptura con lo establecido desplazando los objetivos desde el beneficio empresarial al cuidado de la vida humana. Hacer explícito el trabajo doméstico y de cuidados en los esquemas económicos como trabajo necesario, no es sólo una cuestión de justicia, sino de sensatez y rigor si se pretende analizar e interpretar la realidad. Esta nueva manera de mirar de forma más global el funcionamiento social y económico, obliga a algunas reflexiones.

LA FALSA INDEPENDENCIA DEL MERCADO

En primer lugar, se hace difícil pensar que los esquemas elaborados desde la economía puedan olvidar aspectos tan básicos del sistema como los aquí señalados, aquellos que tienen como objetivo el cuidado de la vida humana. Seguramente las razones son variadas y complejas. En otro lugar, ya hemos aventurado algunas de orden patriarcal y otras de orden económico (Carrasco 2001).

Las primeras tienen que ver en general con las razones del patriarcado: no reconocer ni dar valor a la actividad de las mujeres y categorizar como universal y con reconocimiento social, sólo las actividades asignadas socialmente a los hombres. Las segundas razones guardan relación básicamente con el coste de reproducción de la fuerza de trabajo. Si sólo con los salarios no se pudiese asegurar la reproducción de la población -y ni siquiera la de la fuerza de trabajo- se estaría poniendo seriamente en

¹⁴ También existe una tensión planteada desde la ecología entre nuestra forma de producir y consumir y las condiciones de sostenibilidad del planeta. Pero, como se dijo anteriormente, este tema desborda el objetivo de este artículo

duda la independencia de los procesos mercantiles. Tal vez bastaría con preguntarse: en un proceso mercantil ¿de dónde proviene la fuerza de trabajo? ¿Es que se ha producido por generación espontánea? ¿Son suficientes los salarios para asegurar la reproducción humana? ¿Puede el mercado sustituir las relaciones, afectos, subjetividades y pasiones que tienen lugar en el espacio no mercantil y son parte esencial de la persona humana? (Carrasco 2001). Si se piensa en todos los diversos trabajos que hay que realizar en un hogar y el tiempo que ello implica, es fácil constatar que una parte muy importante de la población no puede reproducirse sólo con sus recursos monetarios¹⁵. Para ello –como condición necesaria aunque no suficiente– los salarios deberían ser los de subsistencia real. Pero, si los salarios fuesen realmente de subsistencia, eso significaría que sólo realizando el trabajo de mercado podríamos subsistir con al menos un hijo o hija¹⁶. Es decir, el salario debería permitir comprar todos los bienes y servicios sin necesidad de realizar ningún otro trabajo. Entonces, ¿qué salarios deberíamos ganar? Parece evidente que la producción mercantil capitalista no podría funcionar pagando salarios de subsistencia real. De aquí la necesidad de mantener oculto, no tanto el trabajo familiar doméstico en el sentido de que es difícil que alguien niegue que en los hogares se realiza un trabajo o, al menos, una actividad que requiere energías y tiempo; sino el fuerte nexo que mantiene con la producción capitalista, el mecanismo a través del cual la producción capitalista puede desplazar costes hacia la esfera doméstica; costes que generalmente asumen la forma de trabajos de cuidados realizados por las mujeres. De esta manera, las empresas capitalistas están pagando una fuerza de trabajo muy por debajo de sus costes, lo cual representa una parte importante de sus beneficios (Picchio 2001).

Pero además, existe otro aspecto del trabajo familiar doméstico absolutamente necesario para que el mercado y la producción capitalista puedan funcionar: el cuidado de la vida en su vertiente más subjetiva de afectos y relaciones, el papel de seguridad social del hogar (socialización, cuidados sanitarios), la gestión y relación con las instituciones, etc. Actividades todas ellas destinadas a criar y mantener personas saludables, con estabilidad emocional, seguridad afectiva, capacidad de relación y comunicación, etc., características humanas sin las cuales sería imposible el funcionamiento de la esfera mercantil capitalista¹⁷.

Ahora bien, este trabajo absolutamente necesario para la reproducción y el bienestar social, se ha dejado en manos de las mujeres. A los hombres no se les socializa como "cuidadores" ni siquiera de sí mismos. Como resultado, una parte importante de la población adulta masculina es totalmente "dependiente" de las mujeres para las cuestiones de su vida cotidiana, de su subsistencia básica, incluida la dimensión emocional. Comportamiento habitual de varones socializados en la cultura patriarcal que

¹⁵ Una aproximación empírica aplicada a la ciudad de Barcelona se puede ver en Carrasco et al. 1991.

¹⁶ Hay que considerar que si se quiere mantener, al menos, población estacionaria, la reproducción de cada persona adulta -mujer u hombre- debe incluir la de un hijo o hija.

¹⁷ Desde la economía feminista, las dos autoras de referencia que plantearon originalmente esta temática son Himmelweit 1995 y Folbre 1995.

no asumen la responsabilidad del cuidado, ni de ellos ni de otras personas, y centran su actividad principal en el trabajo de mercado (Bosch et al. 2005)¹⁸.

La falsa idea de independencia del sistema económico se acompaña entonces con la también falsa autonomía del sector masculino de la población. Se ha dejado en manos de las mujeres la responsabilidad de la subsistencia y el cuidado de la vida, lo que ha permitido desarrollar un mundo público aparentemente autónomo, ciego a la necesaria dependencia de las criaturas humanas, basado en la falsa premisa de libertad. De esta manera, la economía del cuidado sostiene el entramado de la vida social humana, ajusta las tensiones entre los diversos sectores de la economía y, como resultado, se constituye en la base del edificio económico (Bosch et al. 2005). En consecuencia, el modelo masculino no es generalizable, pues si mujeres y hombres abandonaran las tareas de cuidado y asumieran el comportamiento de absoluta libertad de participación en el mercado, ¿quién cuidaría la vida humana? (Carrasco 2003).

DEPENDENCIA Y DEUDA SOCIAL

Una segunda reflexión tiene que ver con la idea restringida que habitualmente se maneja de cuidados. El concepto es complejo y no fácil de definir por las subjetividades que encierra. Pero esta complejidad no ha sido considerada y se utiliza, básicamente, para referirse a personas que requieren cuidados específicos, ya sea por estar en los finales del ciclo vital o por tener alguna minusvalía; personas que han sido estigmatizadas como dependientes. Pero, la dependencia humana –de mujeres y hombres- no es algo específico de determinados grupos de población, más bien es la representación de nuestra fragilidad y vulnerabilidad. Muy al contrario de lo que pretende simbolizar el personaje conocido como *homo economicus*, la dependencia es algo inherente a la condición humana. Somos personas social y humanamente interdependientes y todas requerimos cuidados a lo largo de nuestra vida, de distintos tipos y grados según el momento del ciclo vital. En determinados periodos podemos ser más dependientes biológica o económicamente¹⁹ y en otros podemos requerir más cuidados emocionales, como, por ejemplo, las personas adolescentes (Kittay 1999, Fineman 2004, 2006). “Lejos de ser un estado patológico, evitable o resultado de fallos individuales, el estado de dependencia es natural a la condición humana.... Desde esta perspectiva, la dependencia biológica es tanto universal como inevitable (Fineman 2006: 138).

También las personas cuidadoras han sido estigmatizadas. Hay una primera caracterización de acuerdo al sexo/género, se trata de mujeres. Segundo, esta condición de ser mujeres, se acentúa por grupo social, las de rentas más bajas pueden ser

¹⁸ Comportamiento que responde perfectamente a la figura del personaje representativo de la teoría económica neoclásica: *el homo economicus*.

¹⁹ Tradicionalmente se consideraba a las mujeres como “dependientes” porque eran fundamentalmente los hombres los que aportaban el dinero al hogar; sin embargo, ellos han sido históricamente dependientes en cuidados.

cuidadoras remuneradas. Y, tercero, las mujeres inmigrantes, particularmente de América Latina, ya son sencillamente definidas como cuidadoras, sin que se las identifique con ninguna otra profesión. Así, a las mujeres, como grupo humano, se nos ha hecho las responsables sociales del cuidado. Marta Nussbaum nos recuerda que "Toda sociedad ofrece y requiere cuidados y, por tanto, debe organizarlos de tal manera de dar respuesta a las dependencias y necesidades humanas manteniendo el respeto por las personas que lo necesitan y sin explotar a las que están actuando de cuidadoras" (Nussbaum (2006: 70).

Como responsables del cuidado las mujeres habrían estado históricamente entregando a la sociedad mucho más tiempo de trabajo y energías emocionales de las que han recibido, habrían estado donando una parte importantísima de su tiempo para que la sociedad pudiera continuar existiendo (Adam 1999, Bosch et al. 2005, León 2007).

Cuando hablamos de donación histórica de tiempo de las mujeres hacia la sociedad lo hacemos en el sentido que Boulding desarrolla en su libro "La economía del amor y del temor" (Boulding 1973). En dicho texto, el autor plantea la importancia de la economía de las donaciones en una economía de mercado. "Una función importante del sector del intercambio es la asignación de los recursos entre las diferentes ocupaciones e industrias.... Sin embargo, el sector de las donaciones en la economía también desempeña un papel significativo en la distribución de los recursos" (Boulding 1973/1976: 23). De acuerdo al autor, las donaciones serían de dos tipos, el regalo, que surge del amor, de la benevolencia, y el tributo, que surge del temor o la coacción. La mayoría de las donaciones serían mezclas imprecisas de ambas motivaciones. Por ejemplo, el pago de impuestos a la hacienda pública estaría más guiado por la coacción que no por la benevolencia. En cambio, por el contrario, en el cuidado de un hijo, seguramente estaría influyendo más el amor. Sin embargo, en este último caso, también existiría la coacción social sobre todo dirigida hacia las mujeres como deber moral de madre, y las propias mujeres también en parte podrían estar actuando por temor a no cumplir correctamente con su rol social, aquello que aprendieron de pequeñas.

Sin lugar a dudas que sin esa donación de tiempo de las mujeres hacia los hombres y hacia la sociedad en general, la vida de los hombres y de las nuevas generaciones sería insostenible, al menos, en las condiciones sociales actuales²⁰. "La supervivencia de

²⁰ De acuerdo con la información de la Encuesta de Empleo del Tiempo 2009/2010 (INE), en España, mujeres y hombres dedican respectivamente como media social diaria 1 hora 53 minutos y 3 horas 3 minutos al trabajo de mercado. En cambio, la dedicación al trabajo doméstico y de cuidados sigue la relación contraria, ellas dedican 4 horas 4 minutos y ellos 1 hora 50 minutos como media social diaria. Además, el tiempo medio social dedicado diariamente a trabajo de mercado considerando toda la población es de 2 horas 27 minutos y el dedicado a trabajo doméstico y de cuidados es de 2 horas 59 minutos. Esta información permite observar tres hechos fundamentales. Primero, en relación a los hombres, las mujeres trabajan más (5: 57 y 4: 53 horas y minutos diarios, ellas y ellos respectivamente). Segundo, los trabajos están distribuidos de manera muy desigual: ellas dedican aproximadamente dos tercios del tiempo que dedican ellos al trabajo de mercado; en cambio, ellos dedican menos de la mitad del tiempo que dedican ellas al trabajo doméstico y de cuidados. Y, tercero, para vivir en las condiciones que está viviendo la sociedad española, por persona y día se está dedicando más tiempo al trabajo realizado en los hogares que al trabajo de mercado (32 minutos diarios de diferencia). Todo ello, teniendo en cuenta que el trabajo de cuidados no queda bien recogido tal como se verá más adelante y que, por tanto, su valor real sería muy superior al que ofrecen las encuestas.

la raza humana ha dependido primero de la explotación de las mujeres, sin la cual hace mucho tiempo que hubiese desaparecido” (Boulding 1972: 115).

En definitiva, el cuidado de las personas, sus condiciones de vida, su estabilidad y seguridad emocional -un asunto que debiera ser considerado y tratado como tema social y político de primer orden²¹-, se ha desplazado al ámbito privado doméstico, entendiendo que es un tema privado de la familia, es decir -aunque no se diga-, de las mujeres. Al definirlo como un tema “privado”, se entiende que su gestión se resuelve en el marco familiar. Ahora bien, la gestión del cuidado es un tema complejo que representa un grado de tensión importante; por tanto, al desplazarlo a los hogares, también se ha desplazado al ámbito privado la tensión que implica. Las mujeres se ven obligadas a negociar a nivel individual en condiciones de mayor desventaja y fragilidad un tema que, al tener carácter social y político, es imposible que permita respuestas individuales. La tensión generada está agudizando la violencia contra las mujeres en el ámbito del hogar (Carrasco 2009).

DESAFÍOS PENDIENTES

Desarrollar y proponer esta nueva perspectiva en economía ha sido, probablemente, una de las aportaciones más importantes de la llamada economía feminista. Ha permitido romper con las fronteras tradicionales en economía que restringen el campo de lo económico a lo mercantil/monetario y recuperar el trabajo doméstico y de cuidados como parte fundamental de los procesos de producción, reproducción y vida. Pero, además, centrar el objetivo en la vida humana, en el bienestar de las personas, en los estándares de vida, en definitiva, en la sostenibilidad de la vida humana en sus distintas dimensiones y subjetividades, representa una ruptura fundamental con los sistemas económicos actuales.

Cambiar el marco analítico ha permitido extender los desarrollos -teóricos y aplicados- en distintas direcciones: replantear algunos conceptos, discutir las estadísticas económicas, proponer nuevas estadísticas que incluyan los trabajos no asalariados, construir nuevos indicadores, elaborar políticas públicas sin sesgo de género, integrar una perspectiva de género en los presupuestos públicos, etc.²²

Sin embargo, quedan desafíos pendientes e incógnitas por dilucidar. Uno de ellos, al cual se dedican las próximas páginas, tiene que ver con la posibilidad de integración analítica del trabajo doméstico y de cuidados en los modelos o circuitos económicos. Ello permitiría disponer de una herramienta analítica que representara de forma más

²¹ El envejecimiento demográfico de la población y sus enormes necesidades de cuidados ha hecho que comenzase a aflorar la “dependencia” como un tema donde debiera intervenir el sector público. La “Ley de Dependencia” ha sido un tímido intento de ampliar el llamado Estado de Bienestar. En cualquier caso, la familia (mujeres) continúa siendo las primeras responsables del cuidado.

²² Toda esta temática está tratada en los artículos incluidos en la revista *Feminist Economics* que se publica desde 1995. Una síntesis se puede ver en Carrasco 2006b.

completa la realidad socioeconómica, pudiendo facilitar el análisis de la interdependencia de ambos sectores. El objetivo que nos planteamos es modesto. Es una línea de estudio que lleva muy poco recorrido. Aquí se trata solo de discutir la metodología e instrumentos disponibles para la medición y valoración del trabajo doméstico y de cuidados en aras de una posible interrelación con el trabajo de mercado. En primer lugar, se abordan las ventajas e inconvenientes de la medición en tiempo y, a continuación, los correspondientes de la valoración en términos monetarios, para acabar con una evaluación global de la temática.

EL TIEMPO DE CUIDADOS: LAS DIFICULTADES DE LA CUANTIFICACIÓN

Existen distintos tipos de encuestas que ofrecen información sobre el tiempo dedicado a trabajo doméstico y de cuidados aunque, en términos generales las más habituales se pueden agrupar en dos tipos. Las primeras recogen información sobre el número de horas dedicadas a la actividad. Dicha información se puede recoger a través de un cuestionario o a través de un diario de actividades. La metodología del cuestionario se utiliza cuando el objetivo de la encuesta no es exactamente el análisis del uso del tiempo de la persona, sino otros como las condiciones de vida, el estado de salud, etc. En el cuestionario se incorporan preguntas sobre el número de horas dedicadas al trabajo doméstico y de cuidados –en general o desagregado en algunas actividades– generalmente, la semana anterior a la encuesta. Los errores en las respuestas dependen mucho de la memoria de la persona que responde, de aquí que, cuando el objetivo es el análisis del uso del tiempo, el instrumento metodológico que se ha impuesto es el diario de uso del tiempo. Un diario recoge la información sobre cómo las personas usan su tiempo pidiéndoles a estas que escriban las actividades que realizan durante todo un día entramos que suelen ser de diez minutos. Cuando existan actividades solapadas, se pide a la persona que responde que decida qué actividad considera principal y cuál secundaria. El segundo tipo de encuestas recoge información no sobre un tiempo medido, sino sobre la percepción que tienen las personas sobre la proporción de trabajo que han realizado.

Esta forma distinta de captar la dedicación al trabajo no remunerado realizado por los miembros del hogar –por medición de número de horas o por percepción del porcentaje del trabajo realizado–, más objetiva la primera y más subjetiva la segunda, podría ofrecer información complementaria, en razón de lo nada fácil que es captar una magnitud multidimensional como es el tiempo. Sin embargo, precisamente por las distintas dimensiones que incorpora el tiempo, es importante la reflexión sobre las limitaciones de cada una y sus efectos en los resultados (Carrasco y Domínguez 2010).

El tiempo-reloj

Un diario de uso del tiempo mide el tiempo reloj, el tiempo medido en horas y minutos, el tiempo cronómetro. Esta forma de medir el tiempo, como se advirtió al inicio, es asimilada por la economía ya desde los pensadores clásicos en la época de la

industrialización. La medición del tiempo de trabajo les permitirá trasladar esta cuantificación al salario y, por tanto, al dinero. El tiempo se convierte así en algo vacío de contenido, descontextualizado y cuantificable y así puede ser utilizado como valor de cambio abstracto (Adam 2004). Y cuando el tiempo es dinero, la rapidez y, en consecuencia, la eficiencia, se convierte en un imperativo del sistema productivo.

Con esta forma reduccionista de tratar el tiempo se ha perdido la noción más ligada a los ritmos de vida. "El mundo público se ha construido sobre el tiempo reloj manteniendo oculto el mundo "natural" del tiempo del cuerpo" (Mellor 2000: 174). Se ha olvidado que el reloj y el calendario son convenciones humanas y que el tiempo es algo mucho más complejo que el simple horario (Torns 2001, 2004). Que no todos los tiempos están bajo la hegemonía de los tiempos mercantilizados; en particular, a nuestro interés, los tiempos necesarios para la vida: cuidados, afectos, mantenimiento, gestión y administración doméstica, relaciones y ocio... que, más que tiempo medido y pagado, son tiempo vivido, donado y generado, con un componente difícilmente cuantificable (Adam 1999). Son tiempos que generalmente no se materializan en ninguna actividad concreta, están destinados a tareas invisibles, aunque reclamando concentración y energías de las personas. Son tiempos que incorporan aspectos mucho más intangibles, representados por la subjetividad de la propia persona, situados en la experiencia vivida. Dimensiones del tiempo, todas ellas cualitativas, que quedan ocultas bajo las medidas cuantitativas (Adam 1999, 2004). No considerar las distintas acepciones del tiempo y resaltar sólo la dimensión cuantificable, es una manifestación más de la desigualdad entre mujeres y hombres (Torns 2001, 2004).

Estos problemas conceptuales que presenta la magnitud "tiempo" se han traducido, en el terreno aplicado, en las limitaciones metodológicas que presentan las encuestas que recogen información sobre el número de horas dedicadas a trabajo doméstico y de cuidados, que les impide captar la complejidad de las distintas dimensiones que presenta la organización, el desarrollo y los cuidados de la práctica femenina del trabajo no remunerado realizado en los hogares.

Fundamentalmente, los diarios de uso del tiempo han trasladado una forma de medir el tiempo –el tiempo reloj– propia de la producción de mercado, al ámbito del hogar; donde los conceptos de eficiencia o productividad, definidos para el mercado, pierden todo sentido. Si en el hogar, el objetivo de la actividad es la relación o el buen cuidar, el tiempo de realización de la actividad no es un factor ni relevante ni determinante. En consecuencia, los diarios no pueden recoger en toda su dimensión los trabajos de cuidados, quedando estos siempre muy subvalorados²³.

Ahora bien, a pesar de estas limitaciones, hay que reconocer que los estudios sobre uso del tiempo han aportado una información significativa -la cual antes no se disponía-

²³ Las limitaciones específicas de un diario de uso del tiempo en relación a la subvaloración de los trabajos de cuidados y las tareas de organización y gestión del hogar se pueden ver en Budig y Folbre 2004, Folbre 2005, 2006 y Carrasco 2006a.

contribuyendo de forma importante a poner de relieve el tiempo de trabajo no remunerado y las desigualdades entre mujeres y hombres en la adjudicación por sexo de los distintos trabajos y de las distintas actividades realizadas en cada ámbito (familiar y mercantil).

El tiempo percepción

El tiempo percepción es por definición una medida subjetiva y, como tal, está condicionada por factores sociales e ideológicos que participan en la construcción social de una estructura del tiempo determinada y condicionada por variables como la edad, el sexo/género, etc. La organización aceptada socialmente del tiempo de una persona joven no es la misma que la de una persona mayor; o la de una mujer que la de un hombre. Las personas interiorizan las normas sociales y, generalmente, actúan de acuerdo a ellas como algo establecido.

En el tema que nos interesa, la percepción que tienen las personas de su propio tiempo de trabajo y del de los demás miembros del hogar, en particular, de su pareja, está mediada por una ideología patriarcal que incide de manera diferente en mujeres y hombres. En este sentido, dos aspectos emergen como fundamentales²⁴.

El primero de ellos y, seguramente el más determinante, es que la subjetividad de las personas en relación a su dedicación a trabajo doméstico y de cuidados responde a roles sociales establecidos, a una ideología tradicional sexista que asigna los trabajos por sexo y que, tanto en la práctica como en el simbólico colectivo, continúan presentes. El trabajo remunerado de las mujeres ha alterado poco la visión patriarcal más tradicional. De esta manera, los hombres tenderán a percibir que realizan más trabajo del que realmente hace, ya que al no ser considerados socialmente los responsables de dicha actividad, tenderán a valorar más su participación. Naturalmente la situación de las mujeres sería la contraria. Como se perciben a sí mismas las responsables de la gestión de su hogar en todas sus dimensiones, al existir participación de ellos, tenderán a percibir que el trabajo estaría realizándose de manera más compartida.

El segundo aspecto, relacionado con el anterior, tiene que ver con la percepción del tiempo dedicado al cuidado de las personas condicionada por el salario de mujeres y hombres. La percepción existente en la familia tradicional consideraba que las aportaciones al hogar de cada miembro de la pareja eran equitativas, ya que ella realizaba el trabajo doméstico y de cuidados y él proveía de los recursos monetarios. A medida que las mujeres cada vez más se van reintegrando al mercado de trabajo, se ha mantenido la idea (al menos, en el simbólico masculino) de que las aportaciones de cada miembro de la pareja son en parte monetarias y en parte en tiempo de trabajo dedicado

²⁴ Estos temas están tratados en Pahl 1983, 1989, 2000 y Dema 2006, 2009.

al hogar. Y, como en general, las mujeres tienen salarios más bajos, les correspondería aportar más trabajo, ya que su aportación monetaria es menor. De aquí la percepción de que ellos realizan más trabajo doméstico y de cuidados del que deberían hacer²⁵. Esta consideración nos devuelve la idea de que el dinero ha sido siempre un instrumento de poder, convirtiéndose en el hogar en un elemento legitimador de la desigualdad.

LOS PROBLEMAS DE LA VALORACIÓN EN TÉRMINOS MONETARIOS

La valoración en términos monetarios es una medida mucho más abstracta que la medición en tiempo, un tipo de medición que se aleja totalmente del contenido. Por tanto, si la medición en tiempo del trabajo de cuidados es complicada como se acaba de observar, mucho mayor serán los problemas de valoración monetaria, teniendo en cuenta, por una parte, que la valoración se basa en la medición y, por otra, los problemas propios de la valoración.

En relación a la valoración hay un debate antiguo que surge en los años ochenta sobre la conveniencia o no de realizar valoraciones monetarias del trabajo doméstico y de cuidados. Sobre este horizonte problemático, se enfrentaron dos tendencias opuestas: autoras que lo justificaban porque la valoración ayudaría a la visibilización del trabajo realizado en los hogares, y autoras que sostenían que valorar en términos monetarios era tomar como referente un trabajo masculino incapaz de reflejar y de representar la complejidad de los trabajos domésticos, particularmente, los de cuidados²⁶.

Una década más tarde se comenzaron a desarrollar las llamadas Cuentas Satélites de la Producción Doméstica, que miden y valoran los bienes producidos en los hogares de forma análoga a las valoraciones que se realizan de la producción de mercado. Pero este tipo de medición y valoración no es de nuestro interés en este artículo, ya que no implica una integración de las economías monetarias y no monetarias, sino que es una valoración, digamos, en paralelo. La producción doméstica se valora de forma independiente de la producción de mercado. Esta forma de valoración presenta algunos serios problemas. Primero, lo que implica asignar un salario a un trabajo que no se realiza bajo relaciones mercantiles capitalistas. Y, segundo, hay que recordar que en una economía, precios y salarios se determinan conjuntamente y difícilmente ante un cambio importante de algunos de ellos, los demás permanecen inalterados. De aquí que, si se asigna un valor monetario al trabajo familiar doméstico y se supone que podría pagarse a ese valor de mercado, entonces, ante un cambio social de esa magnitud, todos los salarios -y, en particular, los de las mujeres- serían susceptibles de cambio.

²⁵ En Carrasco y Domínguez 2010, a través del análisis de datos de distintas encuestas, se observa la veracidad de estas afirmaciones.

²⁶ Alguna bibliografía que recoge el debate es Waring 1988, Benería 1992, 2005 (cap. 5), Himmelweit 1995, Picchio 1996, Carrasco et al. 2004.

A nuestro objeto, más interesantes son los sistemas de tipo reproductivo multisectoriales, donde se pueda integrar y analizar el papel del trabajo doméstico y de cuidados como elemento de dicho proceso y analizar el nivel de dependencia de la economía de mercado en la economía del cuidado. Estos sistemas pueden ser de tipo aplicado como las tablas input-output o de carácter fundamentalmente teórico como los modelos sraffianos.

Las tablas input-output -o sistemas de doble entrada- permiten observar las interdependencias entre los distintos sectores económicos. De aquí que existiría la posibilidad de incorporar el trabajo realizado desde los hogares como un sector más o integrado, según las distintas producciones, en cada uno de los correspondientes sectores productivos. Las tablas input-output o bien se presentan solo en cantidades físicas o, como es habitual en nuestras economías, con todas las magnitudes medidas en términos monetarios. En este último caso, si varían los precios, los coeficientes medidos en términos monetarios pueden modificarse, aunque los coeficientes en términos físicos no se modifiquen. Además, si todas las magnitudes vienen medidas en términos monetarios, ello representa que los salarios se adelantan. Por tanto, integrar el trabajo doméstico y de cuidados en un sistema de este tipo representa asignarle previamente un salario, lo cual, en primer lugar, nos remite a la discusión básica de las Cuentas Satélites de la Producción Doméstica: ¿qué salario asignar a un trabajo que no pasa por el mercado? Y, si se asignase un salario, y todo el resto de los precios se mantuviesen fijos, se podría llegar a mostrar la inviabilidad del sistema, fundamentalmente por beneficios negativos. Por tanto, se podría mostrar la incapacidad del sistema capitalista de funcionar sin depender del trabajo doméstico y de cuidados, pero el nuevo sistema sería irreal, ya que de hecho el trabajo realizado desde los hogares no se estaría remunerando; por lo que no sería útil para el análisis socio-económico ni permitiría el estudio del grado de dependencia que tiene el ámbito mercantil en el ámbito doméstico.

En los modelos sraffianos de una economía capitalista, es decir, una economía con excedente y con determinadas pautas de funcionamiento, la distribución de dicho excedente se determina en conjunto con los precios de las mercancías y a través del mismo mecanismo. En esta situación, se considera que el salario no se adelanta; lo cual resulta finalmente en que, por razones ajenas al sistema productivo (poder político, social o económico), se debe fijar una de las variables distributivas, salario o beneficio. La integración en un sistema de estas características del trabajo realizado en los hogares, se puede hacer, por ejemplo, incorporando al sistema una serie de líneas productivas que producen un output doméstico que es el que reproduce la fuerza de trabajo. Sea esta u otra la forma como se integre dicho trabajo, deberá tener un salario, el "salario por el trabajo doméstico y de cuidados", que se determinará en conjunto con el resto de variables del sistema; ya sea, aceptando que es equivalente a los salarios de mercado o fijando alguna otra variable distributiva. En cualquier caso, teniendo en cuenta que son los requerimientos reproductivos del sistema los que fijan el campo de variabilidad de los precios y de las variables distributivas a determinar, es muy posible que lo único que el resultado nos pudiera mostrar es o bien, la inviabilidad del sistema por precios o salarios negativos para un tipo de beneficio positivo; o bien, si fuese viable en términos

teóricos (lo cual es muy poco probable), estaría representando un sistema irreal ya que los precios corresponderían a una situación donde los salarios domésticos estarían pagándose. Es decir, resultados análogos a los anteriores.

EN CONCLUSIÓN

Lo anterior muestra las dificultades para integrar el trabajo doméstico y de cuidados en los circuitos o modelos económicos. Realizarlo utilizando valoraciones monetarias obliga a establecer salarios para un trabajo no asalariado, lo cual lleva de hecho a un esquema irreal que abstrae del contenido a un trabajo que no pasa por el mercado y que las características que básicamente lo definen tienen un carácter subjetivo de casi imposible valoración mercantil.

Las razones señaladas para las mediciones en tiempo también hacen difícil utilizarlas para la integración de ambos tipos de trabajo. En particular, la información que ofrece un diario de uso del tiempo, presenta limitaciones –a nuestro juicio, relevantes– para hacerlas compatibles con mediciones de tiempo de trabajo mercantil. Sin embargo, las limitaciones que dependen del instrumento metodológico, son susceptibles de mejorar, como, de hecho, está sucediendo. Pero, a los problemas relacionados con las mediciones en tiempo reloj, se añade otro más grave, que son los derivados de la organización de los tiempos. El problema fundamental no es el número de horas dedicado a los distintos trabajos (la carga global de trabajo), sino su distribución a lo largo del día, semana o año. Medir solo el número de horas de trabajo nos devuelve a la clave productivista masculina señalada anteriormente. Los tiempos y horarios relacionados con los cuidados, en general, son muy rígidos, y, por tanto, de muy difícil organización en conjunto con las jornadas laborales habituales en el mercado.

En definitiva, independientemente de que en relación a todo el trabajo realizado desde los hogares se elaboren nuevas estadísticas y/o indicadores y se profundice en su estructura y características de funcionamiento, el análisis en conjunto con la economía de mercado que permita discutir sus niveles de interdependencia, no es un tema fácil²⁷. A la vista de lo expuesto, no parece aventurado apuntar tres vías de aproximación por donde continuar indagando. En primer lugar, continuar con el intento de integración de los distintos trabajos pero realizándolo en términos de flujos de tiempo, y teniendo en cuenta las mejoras en el campo de la metodología de medición. La importante ventaja que presenta la medición en tiempo en relación a las valoraciones monetarias es que son medidas reales, no imputadas; lo cual significa que pueden ser alteradas

²⁷ Aquí estamos tratando del tema analítico. Cuestión distinta es utilizar determinados datos para la acción política, por ejemplo, en países ha sido útil mostrar los resultados de las Cuentas Satélites para obtener mayor visibilidad del trabajo doméstico y de cuidados.

directamente por otras variables reales como la tecnología pero no por variables monetarias. Una segunda opción a seguir indagando es continuar con el análisis de forma independiente de ambos ámbitos -el doméstico y el mercantil- y discutir solo sus formas de interrelación, sin llegar a plantear una integración. Un análisis de este tipo permitiría observar las relaciones y los niveles de dependencia existentes entre ambos ámbitos. Finalmente, la tercera posibilidad, seguramente la más complicada a corto plazo pero tal vez la más fértil a largo plazo es responder desde el campo aplicado a lo planteado desde la economía feminista en el campo más teórico, a saber, girar el objetivo social y considerar como referente el espacio del cuidado de la vida humana y no la economía de mercado; lo cual significaría elaborar nuevas formas de medir el tiempo, desarrollando mecanismos más cualitativos que tuviesen en cuenta la doble presencia, la intensidad del tiempo de trabajo, los significados del trabajo, la experiencia del ciclo de vida y otros aspectos que se considerasen relevantes. Instrumentos –o combinación de ellos- capaces de captar distintas dimensiones del tiempo, tanto cualitativas como cuantitativas, ofrecerían una visión más amplia que la que ofrecen los instrumentos que miden los tiempos mercantiles, con lo que estos últimos podrían quedar incluidos en los primeros. En definitiva, se trataría de integrar las variables de mercado en los procesos desarrollados desde la economía del cuidado y no al revés. El camino no está nada agotado y el debate continúa abierto.

BIBLIOGRAFÍA

- Adam, Barbara (1999): "Cuando el tiempo es dinero. Racionalidades del tiempo y desafíos a la teoría y práctica del trabajo", *Sociología del trabajo* 37: 5-40.
- Adam, Barbara (2004): *Time*, Cambridge: Polity Press.
- Amoroso, María Inés, et al. (2003): *Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos*, Barcelona: Icaria editorial.
- Benería, Lourdes (1992): "Accounting for Women's Work: The Progress of Two Decades". *World Development*. Vol.20(11).
- Benería, Lourdes (2005): *Género, desarrollo y globalización*, Barcelona: Editorial Hacer.
- Bosch, Anna, Cristina Carrasco y Elena Grau (2005): "Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo". En Enric Tello, *La historia cuenta* (321-346), Barcelona: Ediciones El Viejo Topo, pp. 321-346.
- Boulding, Kenneth (1972): "The Household as Achilles' Heel", *Journal of Consumer Affairs*, 6 (1), pp. 110-119.
- Boulding, Kenneth (1973): *La economía del amor y del temor*, Madrid: Alianza editorial (1976).
- Budig, Michelle y Nancy Folbre (2004): "Activity, proximity, or responsibility? Measuring parental childcare time", en Nancy Folbre y Michael Bittman (ed.), *Family Time*, Routledge.

Cristina Carrasco

Carrasco, Cristina (2001): "La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?" *Mientras Tanto*, 82: 43-70.

Carrasco, Cristina (2003): "¿Conciliación?, no gracias. Hacia una nueva organización social", en Amoroso et al. *Malabaristas de la vida. Mujeres, tiempos y trabajos*, Barcelona: Icaria, pp. 27-51.

Carrasco, Cristina (2006a): "La paradoja del cuidado: invisible pero necesario", *Revista de Economía Crítica*, 5, www.revistaeconomiacritica.org.

Carrasco, Cristina (2006b): "La economía feminista: una apuesta por otra economía", en María Jesús Vara, *Estudios sobre género y economía*, Madrid: Akal, pp. 29-62.

Carrasco, Cristina (2009): "Mujeres, sostenibilidad y deuda social", *Revista de Educación*, Nº extraordinario, Madrid: Ministerio de Educación, pp. 169-191.

Carrasco, Cristina; Anna Alabart; Josep Maria Aragay y Felix Ovejero (1991). *El trabajo doméstico y la reproducción social*, Instituto de la Mujer, Serie Estudios Nº 28.

Carrasco, Cristina, Anna Alabart, Màrius Domínguez y Maribel Mayordomo (2004): *Trabajo con mirada de mujer. Propuesta de una Encuesta de Población Activa no Androcéntrica*. Madrid: Consejo Económico y Social.

Carrasco, Cristina y Màrius Domínguez (2010): *Família, ocupación i treballs no remunerats*, Barcelona, IDESCAT (en prensa).

Dema, Sandra (2006): *Una pareja, dos salarios*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 225.

Dema, Sandra (2009): "Behind the Negotiations: Financial Decision-Making Processes in Spanish Dual-Income Couples", *Feminist Economics*, 15(1), pp.27-56.

Fineman, Martha (2004): *The Autonomy Myth. A Theory of Dependency*, New York: The New Press.

Fineman, Martha (2006): "Dependency and Social Debt". En David Grusky y Paula England (ed), *Poverty and Inequality*, Stanford University Press, pp. 133-150.

Folbre, Nancy (1995): "Holding hands at midnight": The paradox of caring labor", *Feminist economics* 1 (1): 73-92.

Folbre, Nancy (2005): "By what Measure? Family Time devoted to Children in United States", *Demography* 42(2): 373-90.

Folbre, Nancy (2006): "Measuring Care: Gender, Empowerment, and the Care Economy", *Journal of Human Development* 7(2), pp. 183-99.

Himmelweit, Susan (1995): "The Discovery of "Unpaid Work". The Social Consequences of the Expansion of Work. *Feminist Economics*, 1(2): 1-19.

Himmelweit, Susan (2002): "Making Visible the Hidden Economy: The Case for Gender-Impact Analysis of Economic Policy", *Feminist Economics*, 8(1): 49-70.

Kittay, Eva (1999): *Love's Labor. Essays on Women, Equality and Dependency*. Londres: Routledge.

Cristina Carrasco

León, Magdalena (2007): "Redefiniciones en la relación deuda-mujeres", *América Latina en Movimiento*, julio: 16-17.

Mayordomo, Maribel (2004): *Dones, Treballs I Economia Laboral*, Barcelona: CTESC, Col·lecció Tesis Doctorals.

Mellor; Mary (2000): "Challenging the New World (Dis)Order: Feminist Green Socialism", en Susan Himmelweit (ed.), *Inside the Household. From Labour to Care*, Londres: MacMillan Press, pp. 166-183.

Nussbaum, Martha (2006): "Poverty and Human Functioning: Capabilities as Fundamental Entitlements". En David Grusky y Paula England, *Poverty and Inequality*, Stanford University Press, pp.47-75.

Pahl, Jan (1983): "The Allocation of Money and the Structuring of Inequality within Marriage", *Sociological Review*, 31, pp. 315-335.

Pahl, Jan (1989): *Money and Marriage*, Londres: Macmillan Education Ltd.

Pahl, Jan (2000): "Couples and their money: patterns of accounting and accountability in the domestic economy", *Accounting, Auditing and Accountability Journal*, 13 4), pp. 502 - 517.

Pérez Orozco, Amaia (2006). *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid: Consejo Económico y Social, Colección Estudios, 190.

Pérez Orozco, Amaia (2007): "Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico". *Revista de Economía Crítica*, 5, www.revistaeconomicacritica.org.

Picchio, Antonella (1992): *Social Reproduction: the Political Economy of the Labour Market*. Cambridge: Cambridge University Press.

Picchio, Antonella (1996): "The Analytical and Political Visibility of the Work of Social Reproduction", *Background Papers, Human Development Report 1995*, UNDP, EEUU.

Picchio, Antonella (2001): "Un enfoque macroeconómico "ampliado" de las condiciones de vida", en Cristina Carrasco (ed.) *Tiempos, trabajos y género*, Barcelona: Publicacions Universitat de Barcelona, pp. 15-37.

Picchio, Antonella (2009): "Condiciones de vida: Perspectivas, análisis económico y políticas públicas", *Revista de Economía Crítica*, 7, www.revistaeconomicacritica.org.

Pigou, Arthur Cecil (1920): *La economía del Bienestar*, Madrid: Aguilar (1946).

Sraffa, Piero (1960): *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona: Oikos-Tau (1975).

Torns, Teresa (2001): "El tiempo de las mujeres: entre la invisibilidad y la necesidad" en Cristina Carrasco (ed.) *Tiempos, trabajos y género*, Publicacions Universitat de Barcelona, pp. 133-147.

Torns, Teresa (2004): "Las políticas de tiempo: un reto para las políticas del estado del bienestar", *Trabajo. Revista de la asociación Estatal de RRL y CCTT*, Nº 13.

Waring, Marilyn (1988): *If Women Counted*, Harper and Row, Publishers, New York. Existe traducción castellana en Vindicación Feminista.